

ESE ARTILUGIO DE DOS RUEDAS

No sabía dónde se encontraba... Estaba descalzo, desgredado, y tan sólo le cubrían sus enaguas... Miraba a su alrededor y todo le parecía extraño... ¿Qué es todo esto? Multitud de luces lo cegaban, sin embargo, era de noche... ¡Pero había luz! De pronto... ¡¡Ring, ring!! Le pasó rozando un vehículo de dos ruedas... ¿Eso que es? ¿Dos ruedas? ¿Quién diría que se puede montar sobre eso? Al poco reparó en que cerca de donde él se encontraba había una parada y la observó con detenimiento... Hay que ser todo un equilibrista para poder montar sobre ella. Al principio no supo muy bien cómo hacer, pero la tomó e intentó montar... Sentía curiosidad, era la primera vez en su vida que veía aquel artilugio... Agarró con fuerza el manillar e intentó subirse pasando una de las piernas hacía el otro lado, como cuando montas a caballo, se dijo a si mismo. En un primer intento, torpemente, perdió el equilibrio y cayó al suelo junto con el artilugio... ¡Qué daño! Pero en un segundo intento logró cruzar la pierna por encima. Después se dijo, ¿Y ahora qué? ¿Me he de sentar sobre este taburete tan pequeño? Lo intentó, pero con las largas enaguas se hizo un lío y volvió a caer al suelo. Rápidamente se levantó, ¡Ya está bien Bartolomé! A la tercera va la vencida, y así fue, se remangó las enaguas y por fin subió. Estaba sentado, con un pie a cada lado y las manos agarrando el manillar, así estuvo al menos diez minutos sin saber que hacer, hasta que pasó otra junto a él y se fijó en como tenía que echar a andar, colocó un pie sobre uno de los pedales y lo impulsó, pero se olvidó del otro lado y volvió a caer al suelo, esta vez con mayor fuerza. Se levantó muy enfadado y maldijo el artilugio, pero no se dio por vencido, volvió a subir, volvió a colocar un pie sobre el pedal lo impulsó, colocó rápidamente el otro pie sobre el otro pedal y lo impulsó, así se dio cuenta que debía seguir para mantener en equilibrio aquella cosa... Avanzó varios cientos de metros y comenzó a gustarle aquello, podría sentir la brisa de la noche en la cara y era cómodo de llevar una vez que estabas en marcha. Pasado unos minutos comenzó a sentirse cansa y decidió parar, pero ¿cómo hacerlo? No sabía quitar los pies de los pedales sin caer al suelo, de repente se encontró con una cuesta abajo, ¡No puede ser! El artilugio tomó gran velocidad, sin darse cuenta había quitado los pies de los pedales y el artilugio iba sólo, él gritaba y gritaba, al llegar

al final de la cuesta no supo controlar el vehículo y finalmente chocó con un gran muro de piedras...

Al despertar todo era blanco... Se restregó los ojos, pero no veía nada. De pronto una voz de ultratumba le dijo: Murillo, bienvenido...